

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 106.

Alicante 30 de Noviembre de 1872.

Año III.

EL TRABAJO.

«Ganarás el pan con el sudor de tu frente,» dijo el Señor al hombre, cuando este, por su desobediencia se hizo digno de castigo, y desde entonces, el hombre tiene que dedicarse al trabajo para procurarse la subsistencia. En vano los políticos utopistas han querido desafiar á la Divinidad, inventando sistemas, para eludir y burlar, aquel castigo. Si alguno de los muchos, que por los ilusos se han tenido como grandes concepciones y que en diferentes épocas han podido conmover los cimientos de la sociedad, ha llegado á ensayarse en pequeño, los hechos se han encargado al momento de demostrar la imposibilidad de su realización, y los que se creían gigantes y que podían escalar el cielo, confundidos y anonadados han ocultado su frente en el polvo.

Los que buscan en el progreso material la realización de un mito, los que creen que las máquinas han de ennoblecer el hombre hasta el punto de que no tenga necesidad de gastar sus fuerzas para lograr el pan de cada día, también sufren

cruelles y tristes desengaños, y mientras que hallan una nación en que las destinadas á la agricultura ó á la industria fabril son aceptables y aceptadas, se convencen de que en la mayor parte, ó por la excesiva división de la propiedad ó por la falta de capitales es de todo punto imposible el que funcionen, y de nuevo trabajan para que su pensamiento se complemente y que no hallé su realización obstáculos de ningún género. Siempre, sin embargo, habrá uno muy poderoso, y es la voluntad de Dios que se opone á que el hombre en su desmedido orgullo, pueda ir mas allá del límite que la Providencia ha señalado en el mundo á todo. El perfeccionamiento indefinido es de fácil realización en la vida espiritual, porque partiendo del hombre que es nada, por la contemplación, nos conduce á Dios que lo es todo: pero en la vida material, el hombre está condenado á trabajar constantemente, porque los adelantos que se han hecho en cien siglos se pierden en un día.

Son muchos y de muy diversa índole los obstáculos que se ofrecen á la realización del perfecciona-

miento indefinido, que solo es posible aceptando la solución de esta teoría en el sentido de que el hombre debe trabajar sin tregua y sin desmayarse para llegar á la consumación de los siglos, conociendo cuantos secretos le sea dado conocer en el corto período de su vida: pero desgraciadamente los que de tal perfeccionamiento hablan queriendo que el hombre valga tanto como Dios, se olvidan de que el Ser Supremo enciende los volcanes que sepultan en la lava los monumentos de Pompeya, agita la tierra con su aliento y caen abrumados por su pesadumbre los esbeltos edificios, desata los vientos y desencadena las tempestades, reduce á la nada la escuadra invencible, y unas veces permitiendo que reine en el mundo la ignorancia, otras que los bárbaros dejen sus chozas para arrasar los monumentos de los pueblos civilizados, otras que el fanatismo político, la revolución, ó una mal entendida idea civilizadora destruyan lo que fué gloria de las pasadas edades, ó dejen en el olvido conocimientos y aparatos cuya mejora daría inmensos y útiles resultados, anonadando al hombre; cuando mas emancipado parece que se halle éste de su tutela, y cuando creía que podía lisonjearse un tanto de haberse salvado del temible anatema, le obliga á que trabaje de nuevo y á que cumpla la condena que le impuso.

El trabajo es una ley divina: el hombre tiene que trabajar siempre,

porque sin el trabajo es imposible la vida; pero si el trabajo se considera como un castigo impuesto por Dios, y resignados los hombres se dedican en su esfera á hacer cada uno el suyo respectivo, se hace menos sensible, y á la par que las sociedades se engrandecen y se mejoran las industrias y se perfeccionan los descubrimientos, hay paz y abundancia, por cuanto nadie quiere mas de lo que en realidad le pertenece.

Muchas revoluciones se hubieran evitado en el mundo si en las clases se hubiese inculcado el amor al trabajo, si á los hombres todos se les hubiese hecho comprender que el trabajo no denigra, sino que por el contrario ennoblece y hace al que trabaja mas digno á los ojos de Dios: pero desgraciadamente los apóstoles de la molición, los que se llaman amantes de la humanidad, siendo sus verdugos; los que en nombre de Dios desafían al Dios mismo cuyos mandamientos quieren interpretar sin autoridad para ello, condenan el trabajo, y conmueven las masas ofreciéndoles un nuevo paraíso, para dejarles cuando creen haber ganado la victoria, en un paraíso desierto, donde todo es miseria, hambre, desolación y luto.

Dios dijo al hombre: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Trabajemos, pues, todos resignados, y aquellos á quienes Dios ha concedido ver mas claro en determinadas cuestiones, trabajen con

decision y empeño, por si pueden evitar que los que de mala fé y para sus fines especiales alucinan á los incautos, el dia que despleguen su bandera, no hallen á nadie á su alrededor y tengan que retirarse avergonzados á arrepentirse de sus desaciertos.

El viernes de la semana pasada se perpetró en el pueblo del Pinoso un sacrilego y escandaloso robo que ha llenado de consternacion á los habitantes de aquel pueblo. Puede decirse que la parroquial Iglesia del Pinoso fué saqueada por incógnitos rifeños que despues de destrozar hasta la cortinilla del Sagrario y arrojar por el suelo las sagradas formas, se llevaron cálices, copon, incensarios, navecillas de incienso, y cuanto pudo descubrir la impía codicia de estos pequeños nabucodonosores de nuestra actual babilonia.

Muchos son los comentarios á que se presta un hecho de esta naturaleza, el milésimo quizás de que ha dado cuenta la prensa desde que somos tan inviolables; pero nos contentamos con darlo á conocer á nuestros lectores y preguntar concluyendo: ¿Es posible el respeto al individuo y á las instituciones sociales, en un pais en donde se profana y saquea el Santuario de la Religion? Ni se roba la mezquita de Mahoma por los marruecos, ni en Inglaterra se despoja ningun templo, ni en los Estados Unidos necesitan los mismos

católicos las precauciones que son indispensables en España para tener á salvo los vasos sagrados.

Para curar el *pueril* escándalo con que han recibido la noticia algunos periódicos no católicos, de que la Iglesia no puede administrar los sacramentos á los que viviendo amancebados, son reconocidos como casados ante la ley civil, sinó se ponen en disposicion de recibirlos, celebrando antes el matrimonio católico, allá vá una noticia de efecto. De efecto, porque ella es del extranjero, y aquí que tomamos mucho de lo que viene de fuera, bueno es que imitemos algo de lo que conviene imitar.

«Enrique Rochefort, el fogoso demagogo de *La Linterna* y de *La Marsellesa*, el que tanta parte le cupo en los espantables sucesos de la *Commune* de París, no solo ha declarado que cree en la Santa Católica Iglesia, sino que ha practicado lleno de tristísimo gozo dos Santos Sacramentos de esta madre amantísima, á la que si muchos desprecian, cuando el mundo sonríe llenando de flores y coloreando de rosas los horizontes de la vida, pocos son los que dejan de llamar cuando el corazon está triste, ó el crepúsculo vespertino, ó la noche oscura y tormentosa llega.

Una mujer, una infeliz mujer, á la que Rochefort estaba obligado, amparada tambien en sus inmensos infortunios en una casa religiosa, siente que va á morir, y llama llena de amor y de arrepentimiento al hombre causa de su des-

ventura. Y Rochefort, pide salir, deja su prision y es conducido á Versalles, donde no se contenta con *legitimar civilmente* su union, sino que quiere *casarse* segun la Santa Madre Iglesia, y un celoso sacerdote, previo el permiso del señor Obispo de Versalles, bendice las tristes bodas despues de haber oido su confesion, delante de numerosos testigos, y de haber repetido voluntariamente sus protestas de fé el rebelde comunista de Paris.»

Recordamos haber publicado dos artículos sobre el particular. A la Iglesia le importa poco que la ley civil imponga estos ó aquellos deberes; ella en la cuestion del matrimonio, dice á los católicos: el matrimonio es un Sacramento instituido por Jesu-Cristo; el católico no puede vivir unido á una mujer sinó por ese santo lazo.

Una vez recibido el Sacramento, la Iglesia no solo no se opone á que se cumpla con la ley civil ratificando ante ella la parte de contrato que lleva consigo esa union, sinó que compele á los católicos á que cumplan. Si alguna vez el católico cumple antes con la ley civil, para recibir despues el Sacramento del matrimonio, no puede considerarse como verdadero casado, hasta tanto que la Iglesia no haya consagrado esa union. El católico debe cumplir con la ley católica.

No queremos nosotros contar el nuevo rasgo de Pio IX; dejamos

que lo haga un periódico, á quien no se le acusará de apasionado.

El *Diario de Barcelona* dice:

«Roma 15 de Noviembre.--Ayer hubo dos hechos muy diferentes. El gobierno francés hizo celebrar un solemne oficio en su iglesia de San Luis. Este era el reconocimiento público del poder del Altísimo. Muchos franceses residentes en Roma acudieron á rendir testimonio de su fé y de su adhesion. Asistió al acto Mr. Bourgoing embajador cerca de la Santa Sede con todo el personal de su legacion; pero ni un italiano fué á asociarse á unas rogativas que acaso interesan mas á Italia que á Francia. M. Fournier no asistió.

En el mismo dia y casi á la misma hora un empleado del ministerio de Hacienda se presentaba al cardenal Antonelli, siendo portador de una carta dirigida al mismo cardenal por el ministro de Hacienda, y de un título inscrito en el gran libro de la Deuda pública por 3.500,000 francos, cantidad que la ley de las garantías destinó al Padre Santo. El cardenal Antonelli recibió la carta del ministro de Hacienda, reservándose el contestar á ella mas adelante. Pero en cuanto al título de la Deuda pública, manifestó al secretario del Sr. Sella que no lo admitiría jamás, puesto que el Papa no reconoce el presente orden de cosas y rechaza la ley de las garantías.

Por lo demas, el cardenal trató con mucha deferencia al empleado del ministerio de Hacienda, y le despidió, diciendo que contestaría á la carta del Sr. Sella en cuanto recibiese las órdenes de Su Santidad.

Los periódicos no hacen reflexion al-

guna sobre este incidente; se limita á reseñarlo; pero entre el público este acto es muy comentado. El Papa ha rehusado diez millones quinientos mil francos en estos momentos; y cuando él mismo confiesa que debe su subsistencia á la piedad de los fieles, bien puede comprenderse lo que vale este acto. Preciso es confesarlo: solo el Papa sabe ser grande en medio de la general miseria.

Los ministros reunidos en consejo habian acordado consumir este acto que era para ellos un deber; pero al propio tiempo habian decidido que no se espondrían á semejante negativa. En su virtud pretenden invocar el beneficio de la prescripcion comercial como si tratasen con un banquero cualquiera.»

¡Aprendan en este ejemplo cuantos lo necesiten!

INOCENCIA.

BALADA.

En su balcon Inocencia
Riega la tierna semilla
Que habrá de brotar fecunda
Fragantes flores un dia.

«Cuando nazcan estas flores,
Dice la cándida niña,
En guirnalda iré á ponerlas
En el altar de MARÍA.»

Vino Mayo; y florecieron
A sus amantes caricias
Los tallos que cuidadosa
Regó la cándida niña.

Y cuando miró Inocencia
Las verdes ramas floridas,

En letras de mil colores
Leyó en el tiesto: MARÍA.

—
Cumplió su voto Inocencia,
Cumplió su voto la niña,
Y una tarde la guirnalda
Ante el altar deposita.

A la siguiente mañana,
De la trenza desprendidas
Y en el altar combinadas,
Dicen las flores: MARÍA.

—
Al templo llega Inocencia
De hermoso rubor teñida;
Y un hombre estrecha su mano
Cuando un sí pronuncia tímida.

Con flores lleva adornada
Su cabellera la niña,
Y en su virginal cabeza
Dicen las flores: MARÍA.

—
Una tarde las campanas
Melancólicas tañian,
Y al camposanto un cadáver
En triste pompa camina.

Era Inocencia: en su tumba
Brotaron mil florecillas
Formando en letras brillantes
Esta palabra; MARÍA.

Antonio Balbuena.

Necesaria y eficaz influencia de la
mujer para la reforma de las cos-
tumbres.

(Conclusion.)

¡La emancipacion de la mujer! ¿Qué
mayor emancipacion para el débil que el
acatamiento y el respeto del fuerte? ¿Por
ventura, seria ella más feliz, más libre y

más honrada el día en que, concediéndosele el derecho de sufragio, la viéramos acudir á los comicios arrastrada y confundida entre la turba airada de contendientes políticos, para tomar parte con su voto en alguna ardiente lucha electoral? Si su inteligencia cultivada puede igualar á la del hombre, mal podría por su organizacion física y moral penetrar con éxito en la palestra donde se agitan las más enconadas pasiones y los más encontrados y turbulentos intereses. La mision de la madre, de la hermana, de la esposa, de la mujer, en fin, es puramente mision de paz en este mundo. Para conseguir la lucha, y habrá de luchar eternamente; pero su campo de batalla no se extiende en general más allá de los umbrales de la casa; sus armas son la caridad, la prudencia, y la dulzura; su recompensa, la interior satisfaccion que resulta á las conciencias honradas de haber obrado bien. Más hacen ellas yendo de puerta en puerta para recoger el óbolo que ha de servir á la reconstruccion del templo derribado por la piqueta demoledora; más, llevando por sí mismas el consuelo y la limosna á la malsana y nauseabunda buhardilla donde habita el pobre desvalido; más mérito contraen enseñando á sus hijos ese libro de moral purísima y verdadera filosofía, que se llama *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, que todos los ministros, todos los estadistas y todos los conquistadores de la tierra con sus hábiles maquinaciones y sus profundos cálculos políticos. Sacadla de esa esfera modesta donde brilla con resplandor intenso, como en mitad del cielo brilla el sol en un hermoso y despejado día del invierno, y

la habreis hecho de tal manera descender, que más que redentora de oprimidos y consuelo de los tristes, parecerá ángel caído que necesita consuelo y redencion. No pretendais nunca trasplantar un rosal á las áridas llanuras del desierto, jamás regadas por el fresco rocío de la noche; que si muy pronto no languidece y muere de muerte prematura, si al fin logra arraigar y del suelo extraer algunos jugos con que alimentarse, no será ya la odorifera y lozana planta, embeleso y encanto de los sentidos, sino arbusto seco y macilento, en torno del cual jamas han de volar las mariposas, ni vendrá el ambiente vespertino á suspirar perfumes y armonías. Cuando en días de vértigo y locura, la plebe amotinada invade calles y plazuelas, prorumpiendo en desaforados gritos, blasfemias furibundas, vivas atronadores y pavorosas imprecaciones, fácil es observar á esas mujeres impúdicas, sucias y harapientas, que, cínicamente mezcladas con los hombres, marchan, ó, más bien, se dejan arrastrar, empujadas por el verdadero delirio que de ellas se apodera. Jamás en tales momentos hubo fanatismo que iguale al fanatismo de la mujer, porque siendo por naturaleza en extremo impresionable, todas las pasiones y los efectos todos son en ella más vivos, y aún á veces más duraderos. Claro es que en la que haya recibido esmerada educacion, nunca pudieran extremarse tanto la impudencia y el desco; pero admitido un principio, hay que admitirlo con todas sus indeclinables consecuencias.

En el momento en que la mujer entrase á tomar con el hombre parte activa

en las luchas políticas; en el momento mismo en que, ya en las Asambleas, ya valiéndose del folleto ó del periódico, entrase á discutir las leyes ó á disertar sobre cualquiera sistema político, sólo por este hecho demostraría desde luego faltarle aquel candor y aquella inocencia, que en ella, como en el niño, forman la base del respeto que los hombres le tributan; entónces vendrían sobre ella el epigrama y la sátira de sus enemigos; y como del honor de la mujer pudiera decirse lo que del silencio, que se rompe solamente con nombrarlo, ¡ay de ella el día en que tal sucediera, y pasando su nombre de boca en boca, fuera su reputación entregada á la malquerencia y la calumnia!

Es indudable que jamás hubo sexo para el entendimiento, como no lo hay tampoco para el alma, y la mujer que se siente con fuerzas para ilustrar á sus conciudadanos, difundiendo la verdad entre las gentes, cultivando las artes, ó rindiendo culto á las bellas letras, mal haría en desperdiciar y esconder tan hermosas dotes dentro de si misma. Aplauso, y no censura, merecen las que á tan nobles faenas dedican las horas que sagradas obligaciones les permiten, y en gran parte deben su gloria las naciones á ilustres nombres femeninos; pero de estas nobles empresas, á penetrar en la ardiente arena de las pasiones políticas, media tanta distancia como la que entre el bien y el mal existe.

Sobrado desatendida anda en nuestra época la educación de la mujer, y nunca, empero, su dulce intervencion fué tan necesaria para calmar los males que aquejan á estas viejas naciones europeas,

por los más terribles cataclismos amagadas. No hay sistema represivo cuya eficacia para impedir desmanes y atropellos pueda igualar á la dulce persuasión de la mujer. ¿Qué valen la metralla ni el fusil de aguja para una lágrima espontáneamente derramada por los ojos de una madre tierna y cariñosa? ¡Oh! ¡bien saben lo que quieren los enemigos de la familia, de la propiedad y de la patria, al pedir para ella la pretendida emancipación, en que los vicios serian los únicos y verdaderos emancipados! Fuera la mujer del hogar doméstico, éste dejaría de existir, como no hubiera existido para Ulises, si la virtuosa Penélope no le hubiese aguardado un día y otro día; y como quien dice hogar dice familia, perdido el uno, la otra desaparecería por completo; y sin familia, ¿qué valor tiene la palabra patria?

Hemos dicho en otro número de esta *Revista* que en la campaña emprendida contra los eternos demolidores del edificio social, no hay un solo sér, por débil que sea su complexión, por flacas que sean sus fuerzas, por escasos que sean sus recursos, que no tengan su puesto señalado, cuando al redoblar del tambor, las huestes se reúnen y aperciban para la pelea. No son en verdad los puestos de más peligro los que á la mujer están naturalmente reservados, pero en cambio tal vez le corresponden aquellos en que el trabajo es incesante y sin descanso. ¡Dulce trabajo, que tan sabrosos frutos puede producir! Cuando la mentira y el crimen de consuno pretenden destruir, como hoy sucede, instituciones seculares y venerandas, no bastan la expiación y el escarmiento del culpable para matar el

mal; preciso es que la verdad y la virtud establezcan también activa propaganda, y salgan á su encuentro para destruirlos y arrancarlos de raíz. No hay contra la ignorancia más arma poderosa que la ciencia; no hay contra las malas pasiones antídoto tan eficaz como los efectos puros del corazón; y estos últimos á la mujer toca provocarlos y dirigirlos.

Al fin hombre nacido de mujer flaca, exclama Job, sintiendo desfallecer su aliento, porque la mano del Señor pesa terriblemente sobre él. Pues si la mujer nos trasmite su flaqueza, claro es que también podrá darnos algo de las virtudes que la distinguen y la adornan. No sólo el mal es hereditario en la especie humana; también el bien puede pasar de una en otra generación. ¿Cómo la que al nacer nos recibe en su regazo, la que luego nos alimenta con la sangre de sus venas, la que vela á la cabecera de nuestro lecho cuando el dolor físico nos agobia, cómo no ha de poder darnos algo de su alma, y velar por el enfermo de espíritu, siquiera los enfermos sean tantos cuantos padecen hambre y sed sobre la tierra?

La inteligencia de la mujer abarcará tal vez ménos que la del hombre; pero en cambio frecuentemente alcanza á donde á la de este no le es dado penetrar; la excesiva excitabilidad de su sistema nervioso, la deja como yerta ante inesperado y repentino riesgo, pero imposible es negar que, una vez conocido, lo arrostra con valor, y que su espíritu está templado para el infortunio, como no lo suele estar el de su compañero. Detalles hay tan pequeños, matices de tal manera ténues, que solo la perspicacia femenina

es capaz de apreciar y comprender: momentos hay en la vida, de tal manera amargos, que sólo el sexo débil es bastante fuerte para soportarlos con resignación. Piensen, pues, en ello los más hermosos seres de la creación; conózcanse á sí mismos; mediten sobre los males presentes, para evitar que sean mayores en lo porvenir; midan sus fuerzas, y confíen en su poder, que es inmenso y no ha de abandonarles nunca. A ellas muy principalmente toca velar por la reforma de las costumbres: ellas que tanto necesitan de la fé religiosa, protejerán las creencias contra la marea siempre creciente de la impiedad que avanza con ímpetu irresistible: ellas que son sensibilidad y delicadeza, no permitan que el corazón del hombre crie callo y se haga inaccesible á las más tiernas y suaves impresiones; ellas, en fin, que son soberanas y señoras dentro de la casa paterna ó debajo del techo conyugal, cuiden de que sus estados no se pierdan, porque sus vasallos los abandonen para siempre. Mas para que la mujer sepa portarse como buena; para que pueda conducirse como valiente; para que acierte á obrar desembarazadamente, con la dignidad y el decoro que siempre ha de mostrar; respetémosla y defendámosla, con lo cual nos respetaremos y defenderemos á nosotros mismos. No la adulemos en público para desacreditarla luego y afear villanamente sus acciones; no la hagamos creer que sólo en la belleza física están sus méritos y principales atractivos; enseñémosla lo mucho que vale, ya que no falta quien lo niegue, ó quien lo ignore; instruyámosla, guiémosla, eduquémosla, en fin, para que luego ella pueda á su

vez instruirnos y educarnos á nosotros todos y á las futuras generaciones, que bien lo hemos menester. Y cuando todas las almas, honradas, cuando todas las conciencias rectas y generosas, estrechamente unidas sin distincion de sexo, de categoría ni de clase, logremos vencer, como de seguro venceremos, en la gran cruzada de las gentes de bien contra la disolucion y la ruina que nos amenaza, no será á la mujer á quien ménos parte de gloria quepa en el triunfo, y ella con nosotros podrá á su vez exclamar llena de júbilo, como el Santo caudillo de Israel: *Cantemos al Señor, porque gloriosamente se ha engrandecido, y ha derribado en el mar caballo y caballero.*

Patricio Aguirre de Tejada.

PARÁBOLAS DE KRUMMACHER.

IX.—*La defensa.*

«Cuando la naturaleza hubo formado la rosa, la mas agraciada entre las flores, el espíritu del rosal dijo al Angel de las flores: «¿No quieres dar una defensa á ese noble arbusto, para protegerlo de la violencia y de la audacia? Veo que la naturaleza ha dado al matorral puntas largas y agudas.»

«El matorral, respondió el Angel, no pertenece á la clase de producciones nobles en el reino de la naturaleza: corresponde á un grado inferior. Su destino es el de proteger las plantas delicadas de los animales faltos de razon, y por esto la naturaleza le ha provisto de puntas largas y agudas. No obstante, cumpliré tu deseo.»

Dijo, y las ramas de la rosa quedaron

sembradas de tiernas espinas. Mas el espíritu de la rosa dijo al Angel: «¿A qué estas puntas tan delicadas, si no han de proteger la magnífica planta?»

«Solo servirán, respondió el Angel, para apartar la mano del niño atolondrado. Los obstáculos solo sirven para irritar la audacia y la temeridad. Lo bello y lo sagrado son de suyo respetables, y por esto la naturaleza les ha dado una defensa delicada, que advierte sin herir. Solo la delicadeza conviene á la beldad, y es su mujer amparo.»

De esta suerte la naturaleza ha dado por defensa á la inocencia el pudor y la timidez.—*Bn. M.*

R. Popular de Barcelona.

VARIEDADES.

EL JOVEN CINCELADOR

de Dordreck.

No siempre un sueño
es una mentira.

Esta es una leyenda que metió mucho ruido en otro tiempo. Ha embarazado mucho á los que todo lo quieren explicar por la simple razon natural. Se halla en el libro de las *Historias memorables de Simon Goulard*, y con mas detalles en diversas narraciones holandesas contemporáneas: ha inspirado poemas y canciones; Museus recientemente ha tomado de ella el asunto del *Amor mudo*, uno de sus cuentos populares. Como se ha desnaturalizado la tradicion por los autores de cuentos alemanes, nosotros vamos á darla en su pureza primitiva.

Habia en Holanda, á mitad del siglo xvi, un jóven cincelador muy famoso, que se llamaba Franz Backer. Melchor Backer, su padre, le habia educado, y él le sobrepujaba en el arte muy apreciado entonces del cincelado. Habitaba en Dordreck, su pátria, ciudad importante y rica. Todas las iglesias de Dordreck, que todavia entonces no habia perdido su fé, poseian de él ó de su padre preciosos vasos, hermosos ornamentos y estimados relieves. Cincelaba las armas de los caballeros, y vivia en una honrosa esplendidez. Su padre hacia frecuentes viajes á Alemania. Llegó la Reforma; y Melchor fué muerto un dia en una de las batallas que por todas partes ocasionaban las nuevas doctrinas. Su vieja sangre católica se habia conmovido, y no habia podido menos de tomar partido con los hijos fieles de la iglesia. Franz, que amaba á su padre, lloró amargamente su muerte; maldijo la Reforma de Lutero, y de la vida de jóven, algo disipada que hasta entonces habia hecho, pensó que era preciso en lo sucesivo entrar en los limites de una conducta arreglada, gobernar con prudencia su casa, y no contar despues de Dios, sino consigo mismo. Habiendo vivido siempre con holgura, creyó que encontraría bien repleta la caja de su padre; pero cuando la abrió reconoció que se hallaba vacía. No trabajó por eso con menos ardor, no saliendo sino una hora cada tarde de su casita de la Gravenstraat, dibujando y cincelando sin descanso, y no reposando sino los domingos y dias de fiesta.

Despues que pasó el primer año de luto, se casó prudentemente con una honrada doncella, piadosa, buena, fiel

católica, y que sabía manejar su casa. Los trabajos de la ciudad le bastaban, y se encontró contento con el estado de sus negocios. Al cabo de cuatro años de matrimonio tenia tres lindos niños. Pero entonces la Reforma triunfó en los Países-Bajos, y como hacia la guerra á la vez á la Religion y á las artes, presintió rápidamente que despues de haberle arrebatado su padre, la heregia iba á arrebatarle tambien su trabajo. En efecto, las iglesias fueron saqueadas, quemados los cuadros, las esculturas y los relieves hechos pedazos. Se cerraban los santuarios, y al lado de los ministros de la Religion, que se perseguian con furor, tuvieron que salir y esconderse los artistas. Los reformadores no tenian necesidad ni de artes, ni de poesia: no hablaban mas que de la razon. y Dios sabe el uso que hicieron de ella. ¡Cesó, pues, el trabajo para el pobre Franz! En aquellos dias de penuria ningun señor se hacia ya cincelar el puño de su espada, ni el mango de su puñal. En cuanto á los jefes de los pórdioseros, especie de compañías que bajo este nombre se levantaron en favor de la Reforma, no tenian necesidad de recurrir á los artistas: encontraban cuanto podian desear en el pillaje de las ciudades y de los monasterios. Y si destruian lo que no les era de un uso inmediato, sabian conservar las buenas armas, y los objetos de valor con que se enriquecian á la sordina.

Franz se vió mas pronto de lo que pensaba con que habia dado fin á sus economías; y bien pronto, como dice Simon Goulard, no supo á qué lado volverse para vivir.

Una noche que se habia dormido,

después de haber tranquilamente pesado las miserias de su presente situación, tuvo un sueño singular, que daría á su leyenda un cierto aire de misterio, si no estuviese comprobada por numerosos testigos. Soñó, pues, que paseándose fuera de la ciudad de Dordreck, á las inmediaciones de la puerta de Colonia, había encontrado un extranjero de benévola facha, á quien jamás había visto. Aquel extranjero se llegó á él:

—Sé, Franz, le dijo, el mal estado de vuestros negocios. Si quereis seguir mi consejo, creo que os procurará el medio de salir del apuro en que os hallais. Id á Kempen: encontrareis en aquella ciudad el fin de todas vuestras inquietudes.

Desapareció el extranjero, sin especificar mas á Franz, que se despertó sobresaltado. Vivamente conmovido con aquel sueño, aunque no le daba gran crédito, no quiso sin embargo tener el remordimiento de no haber seguido un consejo que podia haber sido una tabla de salvación. Además, no tenia nada que hacer. Así, en cuanto amaneció, sin decirle nada á su mujer, se puso en camino impelido por el sueño, pretestando vagamente la esperanza de hacer algunos cobros de cantidades que le debian.

Apenas había llegado á Kempen, cuando resfriado por el cansancio del viaje, comenzó á pensar que su correría había sido una locura. Había venido á un país donde no conocia á nadie, y donde nadie le conocia á él. Pasóse hasta la noche en Kempen, sin que nadie reparase en él, ni le dijese una palabra.

—Soy el juguete de mi imaginación, se dijo por último; y bien merecido tengo lo que me sucede.

Al tratar con aire triste y cara larga de descubrir algun punto donde pasar la noche, un buen hombre, por último se paró delante de él, y pareció como interesarse en el apuro en que se hallaba, preguntándole qué buscaba, y cuál era la causa del pesar que veia sobre su rostro.

—Mi aturdimiento, respondió Franz, y debo castigarme de él avergonzándome delante de vos.

Contó entonces ingenuamente su sueño. El anciano se rió con mucha gana.

—Es divertido, dijo. ¡Oh, buen hombre! sois mas ligero que yo. Pero si se hubiese de hacer caso de todas las ideas que pasan por nuestra cabeza, si se hubiese de dar crédito á los sueños, yo debería tambien viajar; porque yo tambien he tenido un soberbio sueño. En este sueño me han aconsejado, si queria restablecer mis negocios puesto tambien en mal estado por la Reforma, que me fuese á Dordreck: me han declarado que allí encontraria en el Gravenstraat una casa de piedra á la que se sube por cuatro escalones, de los que hay dos rotos; detrás de aquella casa hay un jardin de forma irregular: en el fondo de aquel jardin, entre dos perales, hay un escaramujo ó rosal silvestre con flores blancas, al pié del cual podia desenterrar un buen tesoro. Ya veis que el sueño está bien detallado, muy terminantemente, y muy incitativo: otro cualquiera que yo correria allí, pero yo no soy tonto. Ir bajo la fe de un sueño á Dordreck, donde jamás he puesto los piés.. ¡Já... já.. já...!

El buen hombre podia reir y hablar lo que quisiese: Franz no trataba de interrumpirle. Lleno de asombro, reconocia en todos los detalles que daba tan

exactamente aquel anciano que jamás había puesto los piés en Dordreck, su propia casa y su propio jardín, únicos bienes que le había dejado su padre. Pero bastante dueño de sí mismo para dejar ver lo que pasaba en aquel momento en su corazón, dió gracias al buen hombre por sus consejos, y le prometió ser mas prudente en lo sucesivo, y conformarse con su manera de ver. Pasó en una mala posada una noche agitadísima, y se volvió á Dordreck á la mañana siguiente con la premura que podrán figurarse nuestros lectores.

Apenas hubo puesto el pié en su casa, cuando corrió al jardín: cavó bajo el rosal, y allí encontró, en una cajita, 50,000 florines de oro que su padre había escondido, y que una muerte imprevista le había impedido revelar.

En aquel instante en que se veía libre de cuidados, contó á su mujer su extraordinaria aventura. Las relaciones de la época añaden, que vuelto tan maravillosamente al estado de comodidad y de holgura, no olvidó al buen hombre de Kempen; y todo el resto de la vida de aquel anciano que se prolongó todavía por diez años, le contribuyó con una pensión que hizo mas llevaderos y felices sus últimos dias.

NOTICIAS.

Segun las noticias de Roma, Su Santidad continúa gozando de admirable salud, y recibiendo casi diariamente en audiencia á las muchas personas de todas partes que acuden á verle.

El dia 21 recibió en audiencia privada al Sr. A. Blesf Gana, ministro plenipotenciario de la república de Chile; quien presentó á Su Santidad las cartas cre-

denciales con que su gobierno le acreditaba cerca de la Santa Sede.

Tambien recibió Pio IX al canónigo Sr. Duplessi, enviado por el señor Arzobispo de Paris, para anunciar á Su Santidad la vuelta de dicha diócesis á la liturgia romana.

Por orden del Padre Santo, la Propaganda *Fidei* está imprimiendo un extenso y completo trabajo sobre las cuestiones de Oriente. Comprende la historia de las negociaciones entre la Santa Sede y la Puerta desde 1830, en que el sultan pidió al Papa que enviase un Nuncio hasta nuestros dias.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la colegial á las nueve y media misa conventual con sermón que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. Por la tarde á las cuatro menos cuarto Minerva y Mesada del Rosario: predicará el licenciado Don Francisco Penalva, abad de la misma iglesia. En Santa María misa mayor á las nueve, y por la tarde á las tres y media Minerva en que la predicará don Ramon Samper, cura de la misma parroquia. En la Virgen de gracia misa de renovacion á las ocho y media.

Martes.—En las Agustinas misa de renovacion á las ocho.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion y el Trisagio por la tarde á las horas de costumbre. En la Colegial á las cuatro solemnes Maitines en honor de S. Nicolas de Bari, Titular de la misma y Patron de la Ciudad.

Viernes.—Ayuno. En la colegial gran funcion en la que predicará el referido Doctor D. Casiano Quilez. Por la tarde á las cuatro procesion.

Sábado.—Ayuno. En la Colegial misa de renovacion á las ocho; misa conventual á las nueve y cuarto, y misa de la vigilia de la Inmaculada Concepcion de la Virgen á las diez menos cuarto. En Santa María á las cuatro y media dará principio la novena de la Concepcion, y á las cinco se cantarán solemnes maitines.